



**Ayuntamiento de Sebúlcor**

---

**XXIII CONCURSO DE CUENTOS BREVES “LOS BRUJOS”**

**GANADOR/A CATEGORÍA PINO CHURRO - LOCAL (ADULTOS LOCAL)**

**‘LA MUERTE NECESITA VACACIONES**

**Ana María Criado Calvo**

---

**Ayuntamiento de Sebúlcor**

Plaza Mayor Nº1. 40380 Sebúlcor (Segovia)

## La muerte necesita vacaciones

«Ya no soy la que era entonces», se repetía continuamente doña Mortis frente al espejo. No era una queja gratuita, pues cargar sobre sus espaldas los llantos y lamentos de toda la humanidad no era precisamente un trabajo relajado. Pero era su cometido y así lo aceptó cuando vistió por primera vez la túnica negra, el uniforme que había heredado de sus antepasados, ya jubilados. No obstante, doña Mortis sabía que era necesario adaptarse a los nuevos tiempos.

—¿Llevar yo una guadaña y calavera? Lo siento, pero no. Eso está pasadísimo — decía mientras se ajustaba su americana púrpura y la falda de tubo ajustada. El conjunto lo remataba con unos tacones altos y brillantes que resonaban en cada pasillo de la eternidad. Y lo cierto es que el cambio había funcionado: asustaba menos, e incluso algún «cliente» le había dicho que era más bella de lo esperado.

«Antes muerta que sencilla», se decía con ironía. En su caso, la frase tenía truco. Aunque ese lema no pudiera cumplirse en su caso, lo asumía como si de una ley se tratase. La moda le permitía esquivar en cierto modo la rutina que cada día sin excepción repetía. No había dado el primer sorbo a su café y ya había tachado más de un centenar de nombres de su lista: octogenarios con enfermedades terminales, jóvenes que habían encontrado la mala suerte en su camino e, incluso, familias enteras con niños que habían sido alcanzadas por el drama de la guerra. Esa era la lacra que más tiempo ocupaba en su calendario. Luego estaban los desastres naturales, que parecían multiplicarse, desde incendios e inundaciones a terremotos y tsunamis.

—Esto ya no es lo que era —suspiraba repasando su agenda, tan saturada que apenas le quedaba tiempo para pintarse los labios. Por eso, el agotamiento de doña Mortis se había agravado en gran medida en los últimos años. No estaba acostumbrada a

segar tantas almas y, a su vez, mantener aquella sonrisa tranquila cuando daba la bienvenida a alguno de sus usuarios. Lo único que la consolaba era aquel extraño don suyo: cuando se presentaba ante alguien, bastaba con tocar su reloj y mirar a los ojos del moribundo. Entonces ellos veían una luz resplandeciente y escuchaban el rumor del mar. Un superpoder de empatía que calmaba el tránsito... a costa siempre de dejarla exhausta.

Necesitaba desconectar, doña Mortis urgía vacaciones. No tardó en acudir a Recursos Divinos con la súplica. Tras burocracias infinitas y formularios con más casillas que un sudoku, su petición fue aceptada. Eso sí: había que encontrar sustituto.

—Nadie quiere trabajar en esto —se quejaba la delegada.

Finalmente apareció un único candidato: Óbito, el becario. Eso permitió que doña Mortis pudiera hacer la maleta y volar hacia su destino, Finisterre, convencida de que aquel lugar místico en Galicia -considerado durante siglos como el fin del mundo- era el mejor sitio para descansar. Mientras, Óbito se preparaba para su gran debut. Aquel primer día se levantó muy temprano y cargó su mochila con litros de café —le habían dicho que seguramente tendría que trabajar de madrugada- y un libro de crucigramas para los ratos libres.

—Pobre inocente... —murmuró la jefa de personal.

La ilusión del joven se mantuvo intacta al pisar la tierra de los mortales.

—¡Esto es el paraíso! —exclamó al ver una pequeña aldea del medio rural, donde un pastor vigilaba su rebaño de ovejas.

—¡Son adorables! —consideró. Justo en ese instante escuchó un estruendo que hizo vibrar el suelo. La ladera que cubría de sombra el lugar se derrumbó y tanto los

animales como su dueño quedaron sepultados bajo varios metros de tierra. Óbito estaba asustado, se puso nervioso y no sabía qué hacer. Miró su listado, vio el nombre de aquel hombre pero no pudo soportar la catástrofe. Por tanto, se lanzó a interceder y devolvió al hombre a la vida, con ovejas incluidas.

—¡Milagro! —gritó el pastor al salir de entre la tierra. La noticia se expandió por toda la comarca, el país y continente.

Óbito sonrió satisfecho. Primer día y ya era un héroe. Así continuó su viaje y no tardó en revivir otras situaciones similares. En un descarrilamiento de tren salvó a más de mil personas; lo mismo hizo en un accidente múltiple de tráfico, donde los conductores chorreaban sangre; en medio de un bombardeo, las víctimas ingresaban en hospitales mutiladas... pero vivas.

Los médicos no daban crédito y las enfermeras lloraban de alivio mientras el contador de 'días sin fallecidos' en la humanidad se disparaba. El becario de la muerte se sentía un salvador, hasta que cometió el peor error de todos —y el más inesperado: enamorarse.

Fue al ver a una joven enfermera que cuidaba y velaba a su abuelo moribundo. Aquel hombre, ciego y sin recuerdos, llevaba meses postrado en una cama y rogaba ya con susurros que lo dejaran marchar:

—¿No puede acabar esto de una vez?, lamentaba.

Cuando la nieta creía que ya iba a ser el final, Óbito apareció en escena. Conmovido por los ojos azules de la muchacha, aunque inundados de lágrimas, decidió prolongar la vida del anciano. Pensó que así podría ganarse su corazón. La joven, intrigada por las extrañas mejorías de su abuelo empezó a caminar de un lado para otro,

pensando qué podría haber sucedido. De repente descubrió al becario escondido tras un visillo.

—¡¡Aaaaaaah!! ¿Quién eres y qué haces aquí? —gritó.

Óbito, sin filtros, se presentó:

—Soy el sustituto de la muerte... y estoy enamorado de ti.

Ella lo miró indignada:

—¡Fuera de aquí, no tengo tiempo ahora para tus tonterías! ¿No ves el caos que has provocado?

Él, en un intento de ser encantador y conseguir una cita, replicó con galantería:

—Vale, sí... Pero, ¿y por la noche qué harás?

—¡Darte portazo! —respondió ella sin dudar.

Tras esta discusión, las alarmas sonaron en el departamento de Recursos Divinos, que se dio cuenta rápidamente de lo que estaba sucediendo. Parecía el fin del mundo. Los hospitales estaban saturados al llegar continuamente heridos inmortales y familias desesperadas pidiendo que sus ancianos pudieran descansar. Los sanitarios amenazaban con la huelga y los gobiernos redactaron decretos sobre 'la nueva inmortalidad'. La delegada no tuvo otra que telefonar a Finisterre.

—Doña Mortis, por favor, regrese ya. Usted es insustituible.

Ella suspiró resignada mientras guardaba el bikini en la maleta:

—Insustituible, ¿eh? Al final nadie quiere verme, pero tarde o temprano todos tendrán que recibirme... —refunfuñó.

Y volvió al trabajo, esta vez con gafas de sol y una promesa en la agenda: «El próximo año, vacaciones en el Caribe... me lo he ganado», aseguró con una sonrisa.